

LA CASA DE LAS FRASES INACABADAS

Una pausa cognitiva

Toda familia tiene secretos.

La mayoría nunca se dicen.

Viven en las pausas.

Se esconden en temas a los que nadie vuelve.

Ocupan sillas a la mesa sin que nadie los presente jamás.

Crecí en una casa moldeada por frases inacabadas.

Nadie quería hacer daño.

Eso es lo que hace tan complicada la historia de una familia.

Las influencias más profundas llegan a menudo sin intención.

Un padre no siempre enseña con palabras.

Una madre no siempre enseña con consejos.

A veces enseñan simplemente aguantando.

A veces enseñan callando.

A veces enseñan a través de miedos que nunca mencionan.

De niño me convertí en observador.

Escuchaba con atención.

Miraba las expresiones.

Estudiaba los estados de ánimo.

Mucho antes de entender de economía, de política o de relaciones, entendía de atmósferas.

Sabía cuándo la tensión entraba en una habitación.

Sabía cuándo la decepción se sentaba a la mesa.

Sabía cuándo alguien cargaba con un peso al que no sabía poner nombre.

Las familias crean mapas.

No mapas de carreteras.

Mapas de comportamiento.

Esos mapas nos dicen dónde podemos hablar y dónde debemos callar.

Nos dicen qué emociones son aceptables.

Qué emociones son peligrosas.

Qué emociones hay que esconder.

Durante años seguí esos mapas.

No porque estuviera de acuerdo con ellos.

Porque eran los únicos mapas que tenía.

Solo mucho más tarde comprendí que la herencia rara vez es material.

La herencia más poderosa llega escondida.

Un miedo.

Una costumbre.

Un papel.

Un silencio.

Y un día, si tenemos suerte, miramos esa herencia y nos hacemos una pregunta sencilla:

¿Tengo que transmitir esto?

Esa pregunta marcó el principio de la libertad.

Ferdinando